

— Á eso, — dijo Sancho, — no sé qué responder, *sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor.*

— Así es sin duda, — dijo Sansón. »

« — Yo tendré cuidado, — dijo Carrasco, — de acusar al autor de la historia que, si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que *será realzarla un buen coto más de lo que ella se está.* » (II, 4.)

« Dice, pues, que bien se acordará, el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte á quien entre otros galeotes dió libertad D. Quijote en Sierra Morena; beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien D. Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que, por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte *por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos que atribuían á poca memoria del autor la falta de imprenta.* Pero, en resolución, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas; y después le cobró Sancho como se ha contado. » (II, 27.)

¿ No valdrían ambos testimonios por cierta especie de definición dogmática en una asamblea general de cervantistas? ¿ Se inclinarian los asambleistas del lado de Hartzenbusch, ordenando que, en lo sucesivo, fuese el asendereado relato á la mitad del capítulo 25? Acaso; pero ciertamente la votación no sería unánime, porque, hecho el traslado, muy bien pudiera objetarse que huelgan las explicaciones ahora transcritas, ya que los lectores de las ediciones de Argamasilla no han topado con incongruencia alguna. Sin embargo, respetemos la tradición y queden las cosas tal como las recibimos de nuestros mayores, porque... peor es meneallo.

## V

## PASAJES ESCABROSOS

No son observaciones éstas para andar en manos de los niños, ni aun de la generalidad de las personas: van tan sólo camino de las del sabio, del erudito, del estudioso; y, con todo, tememos se nos moteje de desapiadados al descubrir llagas que, de no curarse, quizá fuera más discreto no exponerlas á la violenta y abrasadora claridad del día; porque, aun tratándose de un examen anatómico, tiene muchas quiebras guiarse por el aforismo del satírico italiano, el aforismo de que *tutto si può spiegar, tutto dir lice...*

¿ Todo? « Demasiado sé yo, — decía un ilustre académico, — ...que en el gabinete de su casa ó en el de la vecina pasan aventuras como las que cuentan Edmundo Faidau, Dumas hijo, Alfredo de Musset y otros, y que tales escenas, si á dicha las contempla por la cerradura un incauto niño, ó las acecha una curiosa sirvienta tras una cortina, no se diferencian mucho de las de *Fanny*, de la *Dama de las Camelias* y de *Rolla*, ni de otras obras de la misma calaña. En todas ellas hay verdad por una parte, y vivo interés y deleite por otra. Pero yo pregunto: ¿ Aquella verdad es artística, es ostensible siquiera? Este interés y este deleite ¿ no son peligrosos, por no decir vituperables? » (1).

De esto, y más aún, están salpicados los libros caballerescos. En ellos, en *Tirante el Blanco* (sirva de ejemplo), para satisfacción de curiosidad femenil (más insana que la del rapaz tras el agujero de la cerradura), una doncella menos casta que disipada, Placerdemi-vida, relata con singular donaire lo que, fingiéndose dormida, había presenciado: las *bodas sordas* que dice el novelista, lúbricamente célebres en la galería de cuadros semejantes, aunque entren en competencia los de Zolá. ¡ Tan grande es la viveza del colorido, tal su creciente y sensual interés, y tales las sombras que obscurecen á trechos su brillante gloria!

(1) MARQUÉS DE MOLINS *Discurso leído en la Real Academia Española el 14 Mayo de 1863.*



Por esto pone miedo en el ánimo hablar sin reserva alguna de la materia que, con inaudita audacia, con sin par crudeza, se toca en el libro de Martorell (1).

Como la gente, y de un modo señalado la de vida ociosa y desquehacerada, se dispase en la lectura frívola de semejantes libros, hubieron de levantarse contra tamaña aberración las voces de los moralistas.

«Agora querría preguntar á los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas: ¿Qué les mueve á esto? Responderme han que *su lectura* anda siempre acompañada con deleite y suavidad... pero los sanos y buenos ingenios mucho más han de holgar de leer estas historias (las de los mártires) que las de aquellas vanidades acompañadas con muchas deshonestidades con que muchas mujeres locas se enamoran, pareciéndoles que no menos merecían ellas ser servidas que aquellos por quien se hicieron tan grandes proezas y notables hechos en armas» (2).

Pero se dirá: «El sentir de los moralistas no se aviene en todo con la verdad en el arte, con el realismo; y los autores de las citadas novelas dicen, en el punto á que nos referimos, la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.» Pero ¿no hay cosas verdaderas que la honestidad, como decía Cervantes, quiere y ha querido siempre que se oculten?

Sonando, como acaba de sonar, el nombre de Cervantes, surgen estas preguntas: ¿Por qué gozarse, quien tan hermosa máxima profesaba, en el repetido empleo de palabra (3) que, si acaso se desliza por entre los puntos de la pluma á un escritor contemporáneo, no osa escribirla íntegramente? Aunque contadas veces, ¿por qué poner, como si dijéramos, mesa de trucos, y tomar por compañero, para divertir á la plebe, al autor de *El Gran Tacaño*?

«... tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare» (4).

(1) Edit. de *Tirant lo Blanch*, fac. Archer. M. Huntington, capítulos 136, 231, 259 y 436.

(2) GRANADA. *Símbolo de la Fe*, segunda parte, cap. 17.

(3) Véanse las págs. 41, 42 y 43 de este volumen.

(4) Cap. 22, pág. 162.

Mas no se cifran en esto, ni aun en las entrevistas nocturnas de Maritornes, los pasos más difíciles, ya que, por lo crudo de su realismo, llaman vivamente, desde luego, la atención del lector menos perspicaz. Otros son, en verdad, los que, por entenderse más de lo que reza la letra, caen con entera propiedad dentro del título de esta última observación.

¿Á qué valerse de sugestivo equívoco, aun puesto en labios de una ventera, para decir que no consiente ande lo de su marido por los suelos, rectificándose, como quien se cae y se levanta, pero al fin con visible malicia? (1).

No cabe, pues, sostener que el Boccaccio español salió aquí sin daño de barras; pero será bien alabar su discreción y fino gusto por esotro que ahora diremos, cerrando con ello materia que sólo como homenaje á la crítica ha podido entrar aquí, donde ciertamente no se discute, porque el asunto pide extensa monografía, si la defensa de nuestro ingenio está en que él tropezó donde habían caído no pocos de sus antecesores; allí donde cayeron sus contemporáneos; donde claudicaron un D. Juan Manuel, el del *Conde Lucanor*; un Guevara, el de las *Epistolas familiares*; el *monstruo de la naturaleza*, Lope de Vega; el autor de *La picara Justina*; y tantos (2) como dejamos en silencio, sin exceptuar al que, entre todos, tiene, más que el principado, la hegemonía de cínica lubricidad. Que no se marchen, como los acusadores de la mujer adúltera; porque á ellos se les pueden repetir aquellas palabras llenas de consoladora indulgencia: *El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra*.

El escritor que, sin perfumar su narración, triunfó en incidente que jamás debió ser asunto de la fábula; el que, tocando en profundo naturalismo, dejó de ser escatológico y mal oliente; el que sacó á Sancho del tan difícil paso de los batanes, sale triunfante de

(1) Cap. 32.

(2) Puede el erudito pasar la vista por las citas que rápidamente van á continuación. Están tomadas de la «Biblioteca de Rivadeneira»: Tomo 13, página 93, columna 2.<sup>a</sup> — T. 23, pág. 470; pág. 498, col. 1.<sup>a</sup>; pág. 513, col. 1.<sup>a</sup>; pág. 519, col. 1.<sup>a</sup>; página 521, col. 2.<sup>a</sup> — T. 33, pág. 23, col. 1.<sup>a</sup>; pág. 53, col. 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>; pág. 101, col. 2.<sup>a</sup>, pág. 113, col. 1.<sup>a</sup>; pág. 150, col. 2.<sup>a</sup>; pág. 167, col. 1.<sup>a</sup>; pág. 411, col. 1.<sup>a</sup>; pág. 427, columna 1.<sup>a</sup> — T. 34, pág. 59, col. 2.<sup>a</sup>; pág. 112, col. 1.<sup>a</sup> — T. 51, pág. 56, col. 1.<sup>a</sup>; página 364, col. 2.<sup>a</sup>; pág. 545, col. 2.<sup>a</sup>; pág. 557, col. 1.<sup>a</sup> — T. 52, pág. 45, col. 1.<sup>a</sup>; pág. 324, col. 3.<sup>a</sup>; pág. 325; col. 1.<sup>a</sup>



algo más grave, pues lo que al paladar de Quevedo era su plato más sabroso, el crudo equívoco:

«¿Quéjaste de ser *forzado*?  
No pudiera decir más  
Lucrecia del rey Tarquino  
Que tú de Su Majestad»,

cúbrela nuestro Cervantes con muy delicado velo, en apariencia con disimulada incorrección gramatical:

«... así como Sancho Panza los vido, dijo: «— Esta es cadena de galeotes, gente *forzada* del rey, que va á las galeras.»

frase á la que, por lo escabroso, hubo de salirle al encuentro, lleno de ira, quien, á la alteza de ideas, juntaba la elevación de sentimientos:

«— ¿Cómo gente *forzada*? — preguntó D. Quijote. — ¿Es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente?»

— *No digo eso*, — respondió Sancho (comprendiendo el mal paso que había dado), — sino que es gente que, por sus delitos, va condenada á servir al rey en las galeras, de por *fuerza*.»

Este es uno de los pasajes que justifican el título de nuestro último apartado. ¡Cómo luce aquí el ingenio del novelista! ¡Cómo juega con las ideas más que con el simple vocablo! Pero todavía ha de tenerse por más escabroso aquel otro del mismo capítulo 22, aquel que no sabemos si Renan, gran artífice en cruzar el lodo con pulcritud de armiño, por aquello de la *decencia artística* y *retrato de la pluma*, acertaría á explicarlo, aun echándose en brazos del más cortesano de los hijos de la perífrasis, el dulce eufemismo:

«... algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

— Pues ¿no te llaman así, embustero? — dijo la guarda.

— Sí llaman, — respondió Ginés; — mas yo haré que no me lo llamen, *ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes*.»

Eso que Ginesillo dice entre dientes cae en los dominios de lo menos honesto de la narración cervantina. Ni aun trayendo á la

memoria aquel pasaje del Fray Gerundio de Campazas: «... y no me puedo contener *sin decir entre dientes* hi de p...» (1), se logra dar una idea aproximada de la travesura lúbrica del impúdico y soez galeote. Quizá buscando en la obra que, por excelencia, lleva la denominación de *El Libro*, pudiera deducirse, por el nombre del personaje allí anatematizado, el feo vicio de Ginés de Pasamonte. Y, con todo eso... apenas si se manchó la pluma del pulcro novelista al deslizarse por un plano tan expuesto á la más lamentable de las caídas, á la ruina del honor.

CLEMENTE CORTEJÓN

(1) «Biblioteca de Rivadeneyra», t. 15, pág. 76.

De Barcelona á 25 de Mayo de 1906



## EDICIONES CONSULTADAS

(VEINTISÉIS PARA LA PRIMERA PARTE; VEINTE PARA LA SEGUNDA)

1605.	Madrid . . . .	Juan de la Cuesta . . . . .	1. <sup>a</sup> parte.	C <sub>1</sub> .
1605.	Madrid . . . .	Juan de la Cuesta . . . . .	1. <sup>a</sup> »	C <sub>2</sub> .
1605.	Lisboa . . . .	Jorge Rodriguez . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	L <sub>1</sub> .
1605.	Lisboa . . . .	Pedro Crasbeeck . . . . .	1. <sup>a</sup> »	L <sub>2</sub> .
1605.	Valencia . . .	Pedro Patricio Mey . . . . .	1. <sup>a</sup> »	V <sub>1</sub> .
1605.	Valencia . . .	Pedro Patricio Mey . . . . .	1. <sup>a</sup> »	V <sub>2</sub> .
1607.	Bruselas . . .	Roger Velpius . . . . .	1. <sup>a</sup> »	Br <sub>1</sub> .
1608.	Madrid . . . .	Juan de la Cuesta . . . . .	1. <sup>a</sup> »	C <sub>3</sub> .
1610.	Milán . . . . .	{ H. de P. M. Locarni . . . . . J. B. Bidello . . . . . }	1. <sup>a</sup> »	Mil.
1611.	Bruselas . . .	{ Roger Velpius . . . . . Huberto Antonio . . . . . }	1. <sup>a</sup> »	Br <sub>2</sub> .
1615.	Madrid . . . .	Juan de la Cuesta . . . . .	2. <sup>a</sup> »	C <sub>4</sub> .
1616.	Bruselas . . .	Huberto Antonio . . . . .	2. <sup>a</sup> »	Br <sub>4</sub> .
1616.	Valencia . . .	Pedro Patricio Mey . . . . .	2. <sup>a</sup> »	V <sub>3</sub> .
1617.	Barcelona . . .	Sebastián Matevat . . . . .	2. <sup>a</sup> »	Barc.
1662.	Bruselas . . .	Juan Mommarte . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Br <sub>3</sub> .
1697.	Amberes . . .	H. y Cornelio Verdussen . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Amb.
1738.	Londres . . . .	J. y R. Tonson (Mayans) . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Ton.
1780.	Madrid . . . .	{ Joaquín Ibarra (1. <sup>a</sup> de la R. A. Española) . . . . . }	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	A <sub>1</sub> .
1781.	Londres . . . .	Edvardo Easton (Bowle) . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Bow.
1798.	Madrid . . . .	Gabriel Sancha (Pellicer) . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Pell.
1819.	Madrid . . . .	{ Imprenta Real (4. <sup>a</sup> de la R. A. Española) . . . . . }	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	A <sub>2</sub> .
1826.	Paris . . . . .	Fermin Didot (Arrieta) . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Arr.
1833.	Madrid . . . .	E. Aguado (Clemencin) . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Cl.
1846.	Madrid . . . .	Rivadeneira y C. <sup>a</sup> (Aribau) . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Riv.
1850.	Madrid . . . .	Gaspar y Roig . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Gasp.
1863.	{ Argamasilla de Alba . . . . }	{ M. Rivadeneira (Hartzen- busch) . . . . . }	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Arg <sub>1</sub> .
1863.	{ Argamasilla de Alba . . . . }	{ M. Rivadeneira (Hartzen- busch) . . . . . }	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Arg <sub>2</sub> .
1877.	Cádiz . . . . .	J. R. Rodriguez (Máinez) . . . . .	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Mai.
1880.	Barcelona . . .	{ Montaner y Simón (Ben- jumea) . . . . . }	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	Benj.
1898.	Londres . . . .	{ David Nutt (Fitzmaurice- Kelly y Ormsby) . . . . . }	1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> »	F. K.